

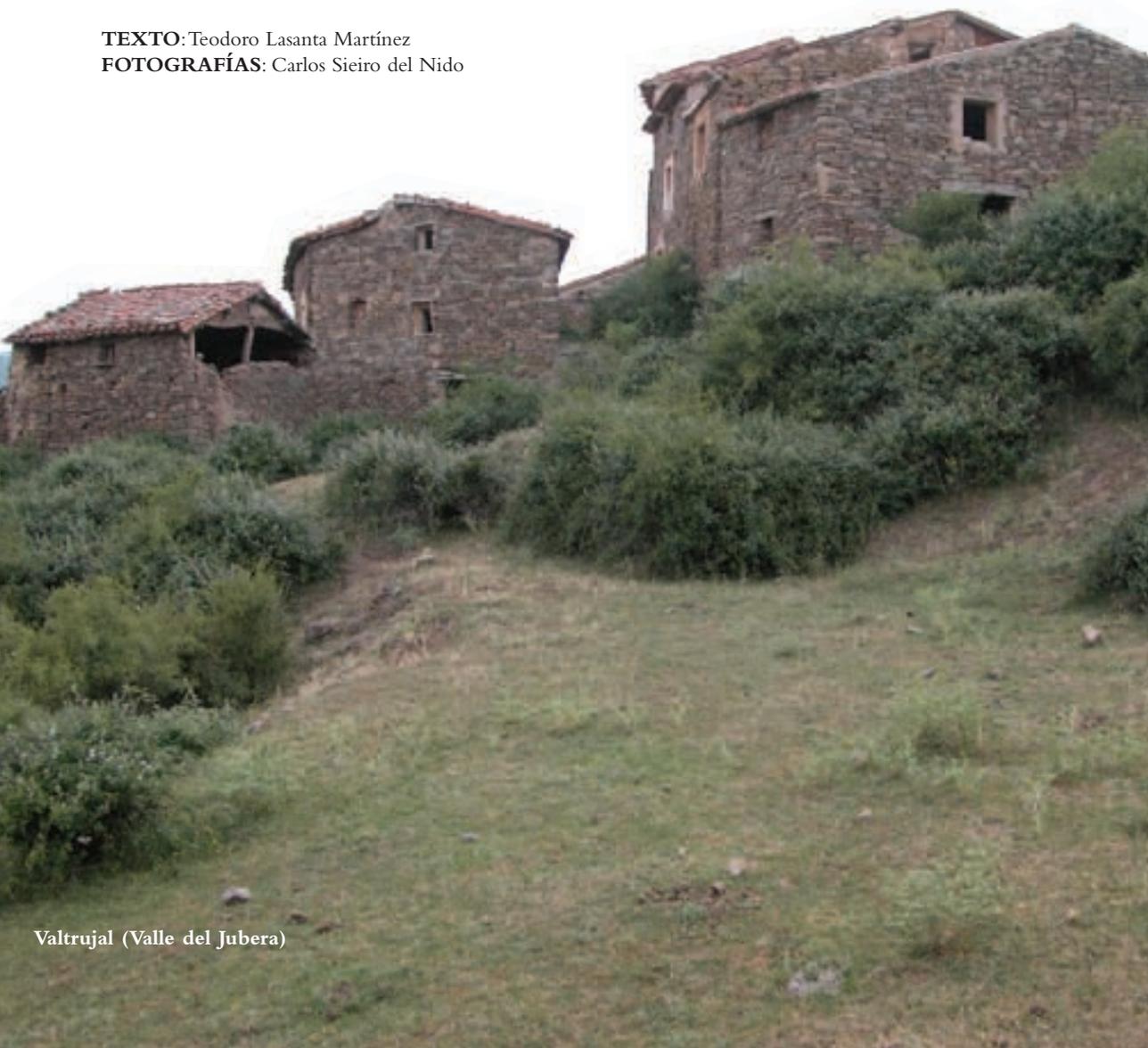


(46) vida rural

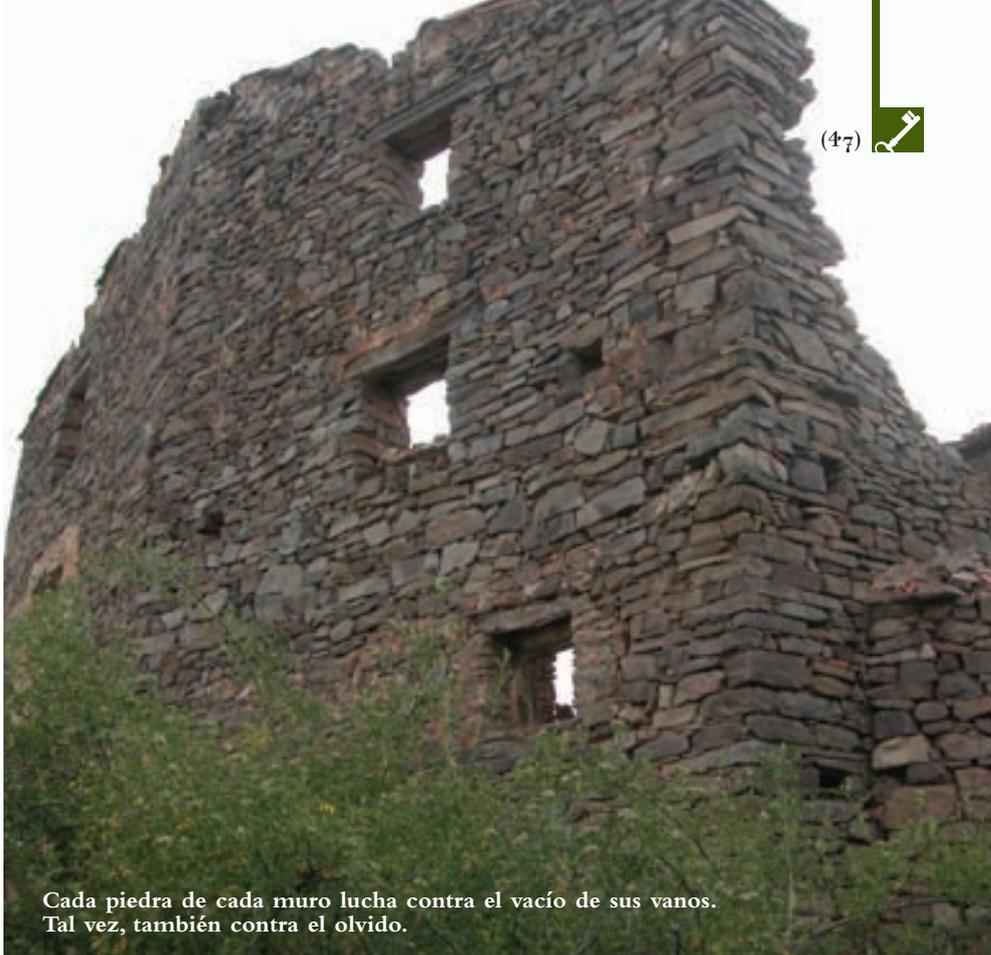
Pueblos **DESHABITADOS** y tierras **ABANDONADAS**

TEXTO: Teodoro Lasanta Martínez

FOTOGRAFÍAS: Carlos Sieiro del Nido



Valtrujal (Valle del Jubera)



Cada piedra de cada muro lucha contra el vacío de sus vanos.
Tal vez, también contra el olvido.

Territorios hoy desolados, casi fantasmales, lugares de calma que evocan imágenes bucólicas del pasado. Podemos encontrarlos a lo largo de toda la geografía riojana. Afortunadamente, durante los últimos años se ha atisbado una ruptura en el proceso de abandono y despoblación del medio rural.

En nuestras excursiones por la sierra es relativamente frecuente tropezarnos con pueblos deshabitados, casi siempre pequeños núcleos de población que apenas mantienen casas en pie. Lo habitual es encontrarnos con casas de paredes combadas y tejados hundidos, sin puertas ni ventanas, con montañas de piedras acumuladas entre las paredes de las casas y en las estrechas calles que llevaban a la pequeña plaza o a la iglesia, casi siempre próximas y en el lugar más privilegiado del pueblo, que hoy puede servir de refugio para vacas de raza *charolesa* o *suiza*. En las proximidades los antiguos campos están cubiertos de aliagas o estrepas, también de rosales, majuelos y bojés. Los abancalados muestran la caída de parte de los muretes externos, que sujetaban el suelo en las laderas y que ahora muestran el declive de un sistema productivo que durante siglos sirvió para alimentar a la población.



Valdevigas, aldea deshabitada entre Munilla y Enciso.

Son territorios hoy desolados, casi fantasmales, lugares de calma que evocan imágenes bucólicas del pasado. Pero, sobre todo, son paisajes de enorme valor cultural y ambiental, que generación tras generación fueron tejiendo los serranos; un cierto modelo de civilización que prácticamente se ha perdido y que representaba una elevada capacidad para adaptarse y sobrevivir en condiciones difíciles, de largos y duros inviernos, de laderas poco productivas y de comunicaciones con el exterior muy complicadas.

Son paisajes de enorme valor
cultural y ambiental, que
generación tras generación
fueron tejiendo los serranos.

Durante siglos los habitantes de estos pueblos de la montaña mantuvieron un sistema de organización de casi autoabastecimiento, en el que los intercambios con las tierras próximas existían pero a pequeño nivel, lo que propició una gestión basada en la explotación global de todos los recursos próximos. Sus huellas en el

paisaje son manifiestas: deforestación masiva de las laderas para roturar o para que el ganado pastase y un poblamiento disperso en multitud de núcleos de población. En cada pequeño rellano, en la confluencia de dos barrancos o allí donde la ilusión creía imaginar un pequeño espacio fértil se instaló un pueblo, que difícilmente podía crecer sin añadir más penuria a sus habitantes. Por ello, casi todos esos pueblos deshabitados eran minúsculas aldeas, orladas por bancales y sistemas de drenaje que desviaban las aguas de escorrentía y ayudaban a mantener las casas y la tierra.

Socialmente era un sistema muy exigente, en el que el individuo importaba poco frente a los intereses del grupo. Era la fórmula para mantener los patrimonios familiares y garantizar la continuidad de los recursos necesarios para la subsistencia de la colectividad. También para establecer un control social fortísimo, en el que la solidaridad en el esfuerzo cotidiano ocultaba conscientemente el enquistamiento de flagrantes injusticias sociales.

Este sistema fue cambiando desde la segunda mitad del siglo XIX, de forma muy lenta ini-



Dehesillas (izqda.) y San Vicente de Robres (dcha.), en el alto Jubera.

cialmente y a un ritmo más rápido desde mediados del siglo XX. En los años 50 y 60 la Sierra se incorpora a un mercado muy dinámico, con cambios rápidos, y más amplio espacialmente, dejando de ser local o comarcal para pasar a competir en un mercado nacional e internacional. Es entonces cuando se manifiestan las desventajas de la montaña frente a los espacios llanos: las fuertes pendientes impiden el laboreo con maquinaria, además de limitar la fertilidad del suelo, lo que disminuye la productividad. La ganadería extensiva se enfrenta a fuertes desequilibrios estacionales en la oferta de pastos. La industria se aleja de la montaña y se acerca a las principales vías de comunicación y a los centros de decisión, que cuentan con las ventajas de las economías de escala y localización. Los servicios desaparecen, unas veces por falta de demanda y otras por considerarlos poco eficaces, desde una perspectiva economicista. Sólo las áreas con recursos de nieve tratan de incorporarse al nuevo mercado a través de los deportes de invierno. Pero la mayor parte de la sierra riojana no dispone de este recurso, por lo que inició el camino de una profunda crisis poblacional, socioeconómica y pasajística.

A lo largo del siglo XX la montaña riojana muestra un intensísimo proceso de despoblación, de los más altos de la montaña española, sólo comparable al de algunas zonas del Sobrarbe, del Sistema Central y Montes de León. Una despoblación acompañada por el abandono de numerosos pueblos y aldeas, especialmente en Cameros Viejo (Valles del Leza y Jubera). A partir de 1940 se despoblaron 50 núcleos, algunos de los cuales aparecen en los últimos censos nuevamente con población de derecho.

**A lo largo del siglo XX
la montaña riojana muestra
un intensísimo proceso
de despoblación, de los más
altos de la montaña española.**

La década de los sesenta fue la que registró mayor número de despoblados (18), seguida por la de los setenta (13). La distribución espacial muestra que en el Valle del Oja se despoblaron 10 núcleos; en el Valle del Najerilla 5; en el Valle del Iregua 2; en el Valle del Leza 7; en el Valle del Jubera 11; en el Valle del



Santa Marina (1.243 m.) es el pueblo más alto de La Rioja. Valle del Jubera

Cidacos 7; en el Valle del Alhama 1; en el Valle de Ocón 1, y en el Llano 6. Otros muchos pueblos y aldeas quedaron muy diezmados, de forma que en el Censo de 1996 había 27 núcleos con un censo inferior a 10 habitantes, y otros 25 contabilizaban entre 10 y 25 habitantes.

En los años sesenta y setenta se quería “huir” del campo y acercarse a la ciudad.

La despoblación dejó en la montaña una estructura poblacional fuertemente desequilibrada, con muy pocos jóvenes y altas tasas de masculinidad, dependencia y envejecimiento, que impide la recuperación demo-

gráfica. Sólo la llegada de neorrurales puede contribuir a amortiguar el profundo vacío demográfico. La despoblación se acompañó de la marginación productiva, con abandono masivo del espacio agrícola, disminución de los censos ganaderos, la desaparición de la industria y de la mayoría de los servicios sociales. El paisaje muestra un proceso intenso de revegetación, con avance de matorrales y árboles, que tratan de recuperar –si el fuego no lo impide– los bosques que existieron siglos atrás, aunque para ello la naturaleza necesite tomarse mucho tiempo. Los muretes de los bancales se desploman y la erosión del suelo se ceba en unas laderas que durante siglos aportaron el pan a sus habitantes. El paisaje pierde de forma rápida rasgos de antropización para adquirir una imagen más natural.



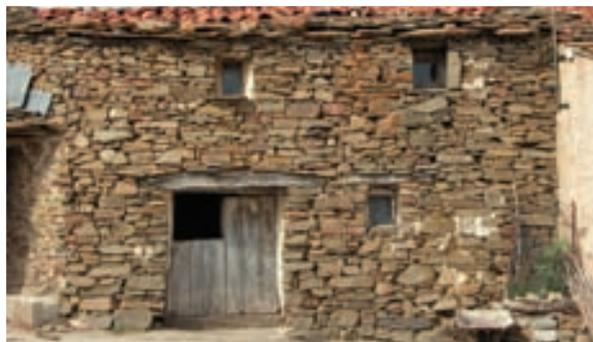
Durante los últimos años se atisba una ruptura en el proceso de abandono y despoblación. Quizás, ha cambiado la manera de contemplar el mundo rural, lo que ha modificado la relación entre los antiguos emigrantes (casi siempre ya la generación posterior) y sus pueblos de procedencia. En los años sesenta y setenta se quería “huir” del campo y acercarse a la ciudad, donde las condiciones de trabajo y promoción personal y social eran mejores. Con el tiempo ha habido un cambio de postura, considerándose como positivo mantener o recuperar la casa familiar y volver cada fin de semana al pueblo. En este contexto, se están rehabilitando casas y surgen infraestructuras y nuevos servicios.

Frente al concepto tradicional de pueblos abandonados hoy es más correcto utilizar el de pueblos deshabitados, porque el abandono total ha quedado reducido a algunos núcleos que quedaron totalmente desmoronados (Reinares, Dehesillas, La Monjía, Rivalmaguillo, Villanueva de San Prudencio, Valtrujal...), pero en la mayoría existe nueva vida, aunque sea de forma intermitente. El patrimonio urbanístico se está recuperando parcialmente; cada día se tiene menos la sensación de estar en pueblos poco atendidos, que hasta muy reciente desprendían desidia y abandono, sino en un proceso incipiente de recuperación arquitectónica minuciosa, exigente de grandes inversiones de esfuerzo y de dinero ajenas a la rentabilidad económica y a la especulación. Poco tiene que ver la imagen actual con la que mostraban hace 20 años las aldeas de Ezcaray, San Vicente de Robres, San Bartolomé, Trevijano o Luezas, por poner algunos ejemplos.

A los esfuerzos de los emigrantes se ha unido la aportación regional, que ha asfaltado antiguas pistas, urbanizado calles y rehabilitado edificios para fines sociales. Pero queda mucho por hacer para que el patrimonio cultural amasado por generaciones de labradores y ganaderos no termine de perderse, para que la maleza invasora no termine de borrar las huellas de otra manera de vivir, de sobrevivir, que nos invita a reflexionar y admirar el esfuerzo de nuestros antepasados.



Villavelayo. Siete Villas



Santa Marina



Calle empedrada. Alto Najerilla

Actualmente la imagen de nuestros pueblos no ofrece la sensación de desidia y abandono de hace 20 años, aunque su latir sea intermitente.